

dando en horrible esclavitud los vencidos. Si se pudiesen contar las gotas de sangre humana que salpicaron los anfiteatros del paganismo, evaluando en seguida en su justo valor el precio de tantas vidas sacrificadas en las aras de la brutalidad, nos moriríamos de espanto. Treinta mil gladiadores que perecían cada año; diez mil que sucumbieron en ciento veintitres días que duraron los regocijos públicos por el triunfo de Trajano sobre los dacios; los ancianos que normalmente eran deportados á las islas del Tiber, para que pereciesen allí como bestias encerradas en jaulas y privadas de alimento, por no considerarlos ya de alguna valía en la sociedad; la mujer que no era considerada como compañera del hombre, sino como instrumento de la pasión brutal. ¡Ah! Todos estos crímenes habían perdido su deformidad, todos estos horrores se cometían por no haber religión verdadera entre los hombres; religión que enseñase á los Emperadores y cónsules que no eran señores árbítrios de los demás hombres. Si reflexionásemos atentamente los portentosos efectos de la Religión cristiana en los pueblos; si examinásemos con detención, y sin fanatismo por esas sectas que tanto ensalzan la falsa libertad del hombre, cuál es el verdadero origen de la prosperidad real y positiva de los pueblos, ¿cómo era posible que el Catolicismo fuese mirado por sus hijos con tanta indiferencia? ¿Cómo seríamos tan inconsecuentes que habiendo éste conquistado al hombre sus derechos, que usurpara la mentira de las falsas religiones, viviésemos como paganos, apellidándonos cristianos? Para apreciar dignamente el estado de la sociedad con relación á tiempos pasados, no nos hemos de contentar con comparar unos tiempos con otros; es preciso que hagamos un esfuerzo; es preciso trasladarse totalmente á las épocas de la barbarie, con todas las nociones que tenemos y que se han conaturalizado en cierto modo con nosotros. ¿Qué veremos

entonces? Nos sucederá como al atrevido aeronauta que á media noche subiese en un globo de luz por los espacios para examinar la tierra desde las alturas; él se vería entre muchas luces que le acompañan y rodean, y no vería en nuestra terrestre region más que tinieblas. Así sucede cuando parangonamos los tiempos del error con los nuestros; entonces vemos que toma un general romano prisionera á la esposa del general vencido, y por un impulso de la razón natural, no sólo no la toca, sino que la entrega á su adversario prisionero; y esta acción es pregonada por mil plumas de sábios como una cosa nunca vista, como acción de dioses. Preguntad á cualquiera de nuestros soldados, al más rudo de todos, si esta acción es heroica, y os aseguro que os dirá que no; porque la ley de Dios, os dirá, me prohíbe usurpar el bien ajeno, y nada tiene que ver la vileza con el honor, pues por infeliz que sea mi contrario en el campo de batalla, y aunque caiga prisionero, no pierde jamás los derechos que tiene como hombre. ¿Cuánto ménos podrá perder los que tiene como esposo? Esto nos dirá cualquier combatiente católico, con tal que observe los principios que su Religión le prescribe: el Catolicismo puede presentar casos semejantes á millones, casos que hoy no llaman nuestra atención, por ser ya una cosa sabida de todos. Ved si hay diferencia de épocas á épocas y de pueblos religiosos á pueblos indiferentes en religión.

¡Ah! Quizá hablaba de su propia patria y de los otros pueblos gentiles el filósofo de Roma cuando escribía lo que voy á decir: «Hubo tiempo en que vivían los hombres á manera de brutos, no decidiendo nada por la razón, sino por la fuerza. No se profesaba entonces religión alguna, ni se practicaba la moral, ni había leyes para el matrimonio, no sabiendo el padre quiénes eran sus hijos, ni conociéndose los bienes traídos por principios de equidad. Así, en medio del error y de la ignoran-

cia, reinaban tiránicamente las ciegas y temerarias pasiones, siendo sus satélites las fuerzas brutales del cuerpo.»
 ¿Y de qué otros pueblos sino del suyo podía hacer esta triste narracion aquel sábio, que no lo fuera por tanto, con toda solidez, pues confiesa él mismo que él y sus compañeros en la ciencia reconocian que no podia haber sino un solo Dios, y adoraban, sin embargo, á los ídolos, por no ir contra el torrente del populacho, que los sacrificára en su furor, como hiciera la Grecia con Sócrates por haberse atrevido á publicar la unidad de la esencia divina?

No hay que dudarle; cuando la verdadera Religion ha echado hondas raíces en un pueblo, nadie puede desquiciarle; se presentarán mil huestes enemigas; se fraguarán contra él planes maquiavélicos; se intentará su ruina, pero siempre saldrá triunfante; porque reinando la Religion imperarán tambien la equidad y justicia, y á su sombra, como bajo un robusto cedro, vivirá cada cual pacíficamente, nutriendo en su corazon amor á Dios, amor á las autoridades, amor á sus hermanos, amor á su pátria; y ¿quién no lo vé? los vínculos que el amor engendra son indisolubles, y cuando las naciones poseen este amor que la Religion sola inspira y conserva en la muchedumbre, son para atacar al enemigo semejantes al rayo despedido con fracaso de las altas nubes, son como el caudaloso rio contra cuya rápida marcha no pueden los más elevados montes. Quien pretenda encontrar estos lazos fuera de la Religion, es un Atila de la sociedad; en el contacto que por necesidad hemos de tener mutuamente los hombres, precisamente nos hemos de estrellar unos contra otros si la Religion no es el primer motor de nuestras acciones. Ha de haber necesariamente en el mundo quien mande y quien obedezca; pero ved lo que dice á cada uno de los hombres esta Maestra infalible: «Vosotros los que mandais en los pueblos, dice á los grandes,

tened siempre en vuestras manos el libro de la ley, para que aprendais á temer al Señor y guardar sus preceptos. Reflexionad lo que haceis cuando juzgais, porque no ejercéis juicio de hombre, sino del Señor, y ha de redundar lo que juzgáreis en vuestro pró ó contra. Juzgad con rectitud y justicia; librad al oprimido violentamente de mano del calumniador: no entristezcais con vuestra arbitrariedad al peregrino, al huérfano y á la viuda, ni los oprimais inúcuamente, ni derrameis la sangre inocente.» Esta es la pauta que prescribe al que manda; oid lo que ordena al que no es llamado á mandar. «No murmures, dice al pueblo, no murmures de tu Soberano. Temed á Dios y al Rey. Toda alma está sujeta á potestades superiores, y éstas están ordenadas por Dios.» Apenas hay inculcada en la Escritura otra verdad con más frecuencia; el respeto, la sumision y obediencia á la autoridad son el principio de la dicha de la sociedad; no sólo quiere la Religion que las obedezcamos, sino que oremos por ellas, aunque sean díscolas. Así es que vemos practicada esta virtud en todo pueblo que ha tenido religion verdadera. Nabucodonosor tiene encadenado al pueblo judáico, y éste ruega á Dios por su vida y prosperidad; Caifás es un pontífice hipócrita y ladron de los caudales de las viudas y huérfanos; y esto no obstante, Jesucristo le obedece cuando le manda responder á sus preguntas. El Senado de Jerusalem azota á los Apóstoles, sin otro motivo que porque hacian beneficios al pueblo; y sin embargo, salen de su presencia alegres y dispuestos á obedecerles en todo lo que no fuese contra la gloria de Dios y el nombre de Jesus. ¡Ah! Con estas máximas, predicadas por los Apóstoles y sus sucesores, y observadas por los cristianos, ¿no es verdad que fué desterrándose del mundo la tiranía, que Roma mudó la política violenta del Capitolio, que los pueblos adquirieron sus derechos, y el mundo vió siglos de paz y de riquezas?

Suplico que se lea la historia de los tres primeros siglos del Cristianismo, y veremos que la sumision y obediencia fué el arma con que los cristianos domaron el despotismo de Roma. «Padecemos, dice San Cipriano, y aunque nuestro pueblo es numeroso y fuerte, no se venga de las violencias.» «Tenemos grandes fuerzas para pelear, dice Tertuliano; pero hemos aprendido de Cristo á sufrirlo todo. Si no tuviéramos esta enseñanza, ¿qué ejército se hubiera presentado ante nosotros, sin hacerle frente, aunque fuese más que nosotros en número, cuando vienen á degollarnos sin motivo?» «Padecemos trabajos indecibles, escribe Lactancio, y con todo, ni resistimos siquiera con palabras, dejando á Dios el cuidado de vengarnos.» Así obraban los cristianos en los primeros tiempos; y ¡qué prodigio! Como despues del invierno riguroso, cuyas brumas y nieves han castigado los arbustos y plantas, aparece la dulce primavera, presentando por do quier al ávido ojo humano horizontes risueños, flores aromáticas, momentos encantadores por el suave susurro de los riachuelos, el canto armonioso de las aves y el calor apacible y benigno del sol, así se extiende la paz en la tierra; las lanzas se convierten en azadas y las espadas en arados; habita el leon con el corderito, y un niño es el zagal que los cuida; cae la idolatría, y perece el error entre las ruinas de la gran Babilonia embriagada en sangre de cristianos, formándose de sus restos esas naciones que dieron á la Religion, á los pueblos, á las ciencias, á las armas y á la literatura más héroes que dias tiene el mundo. Desde entónces acá, si ha habido guerras, si se han devorado unas naciones á otras, si la sangre humana ha caido en los campos como torrente asolador de nuestro linaje, si la barbarie ha reemplazado á la clemencia, si la humanidad ha perdido sus derechos, echad la culpa al error, á la mentira, á la indiferencia, pues suya es.

Ahí, al frente del pueblo más civilizado de la tierra, teneis el Asia; el Alcorán de Mahoma flamea en la ribera opuesta en que tremola el lábaro con que venciera Constantino; ¿qué campo es ese donde vive el agareno? ¿Qué país es ese en que reina el islamismo? Un país donde no hay más ley que el alfanje; hay un gran Sultan con millones de hombres sin prerogativas ni derechos; las ciencias están encerradas con puertas de bronce; la ignorancia y barbarie son el patrimonio de grandes y pequeños, pues su ley nacional les prohíbe el aprender; apenas la historia del mundo podrá presentarnos tantos millones de hombres tendidos en los campos de batalla; apenas hay memoria de hombre que derramase más sangre que Mahomet II, rival de su gran falso profeta y tipo de otros tiranos como él, que diezmaron la humanidad por espacio de ocho siglos: ¿quereis ver por qué caminos marcharon los mortales á tanto infortunio y barbarie? Por la indiferencia.

Fuera el Asia el campo regado con los sudores apostólicos; los primeros héroes del Cristianismo tuvieran allí su cuna; Doctores, Pontífices, mártires, cenobitas, toda especie de conocimientos en religion y en política le vino á la Europa de aquel país afortunado; el cuarto siglo de la Iglesia no cumpliera su primer tercio cuando empezára á enervarse la Religion; Arrio puso en problema la Divinidad del Verbo; Nestorio quiso deturpar toda la belleza de la union del Hijo de Dios con nuestra naturaleza; Eutiques pretende atacar al hereje, y se enreda en otros errores; sucesivamente es negada á María la dignidad de Madre de Dios, al Espíritu Santo la Divinidad, al sucesor de Pedro el Pontificado universal. Todo espíritu inventa dogmas segun sus ideas; se dividen los pueblos, acuden los herejes á las armas, preparan expediciones contra Roma, y hostilizan á la Iglesia pacífica, obligando á los príncipes á repeler con fuerza armada los ataques

de los fanáticos, que no sólo influían en cimentar el error, sino que lo ponían todo á sangre y fuego. ¿Es extraño que en medio de tanta indiferencia se olvidasen los principios verdaderos y se radicasen los falsos? Aparece el impostor de la hegira, publica sus dogmas sensuales, permitiendo cuanto halaga las pasiones brutales: ¿era difícil que prendiese su doctrina en un pueblo que se habia entregado á doctrinas nuevas? No. ¿Es extraño que sucediesen á todo esto la carnicería, los incendios, las violaciones, la arbitrariedad, la tiranía? No, porque cuando un pueblo mira con indiferencia las máximas que lo han mantenido largo tiempo en paz y dicha, es presa del primero que le halague con goces materiales, aunque luego le imponga un yugo de hierro. Señores, no mentimos; el Asia fué hace diez siglos el país más feliz y opulento de la tierra, porque seguía las máximas de los Cirilos, Crisóstomos, Basilio, Nazianzenos y otros Doctores católicos; hoy es pobre, es idiota, es esclavo, es infeliz; pero observad que existen en medio de sus hijos los absurdos del Alcorán, las locuras de Arrio y los errores de Focio; para llegar á tanta degradación no necesitaron más que la indiferencia por las verdades reveladas.

Aquí me detengo, corriendo un velo á las sangrientas páginas de los tiempos modernos; se han cometido mil horrores en estos siglos; los pueblos, como manadas de fieras que dejan sus guaridas salvajes y acometen hambrientas á ciudades populosas, se han alzado en masas enormes, y han ensangrentado sus manos en sus hermanos; los monumentos de Religión y humanidad han caído á millares, entrando en la nada, como si fueran cuevas de ladrones ó albergues de animales dañosos; las coronas y cetros han escalado las gradas del cadalso, y el verdugo tomó la feroz cuchilla contra el inocente; nadie es autor de tanta maldad sino el desprecio que se ha hecho de la

Religión; viven las naciones con ansiedad, siempre temerosas de una guerra que amenaza mucho tiempo há, obligando á los pueblos á estar con el arma al brazo; nadie tiene la culpa de esto más que la indiferencia. Sí: se han maquinado contra Dios consejos inícuos; no se ha querido reconocer que la dicha de los hombres viene de la Religión, y ha sucedido lo que profetizara Isaías: «Se ha levantado hombre contra hombre, reino contra reino, el niño contra el anciano, y el pueblo contra los grandes.» ¡Qué! ¿Pensais que los pueblos se han alzado sin una permisión providencial? Dios, que tiene las tempestades del cielo en su mano y fulmina rayos, tiene también en su diestra á las naciones; Él las llama, Él las conduce, Él las dice: «Soltaos; marchad á destruir toda fuerza que se eleva orgullosa y temerariamente sobre mi poder divino;» y entónces caen unos pueblos sobre otros, devorándose como las fieras hambrientas.

¡Ay! Tengo mi corazón tan oprimido de dolor, se encuentra mi alma tan agobiada bajo el peso de la tristeza, que apenas puedo hablar; desde que existo en este mundo infeliz, no oigo hablar más que de rebeliones, de guerras fratricidas, de asesinatos violentos, de disensiones intestinas en los pueblos y familias; el mundo ha cambiado de faz; la sociedad vive entre mil trabajos; los gobiernos tienen que estar siempre vigilantes para sostenerse contra las incesantes maquinaciones de los malos; todos aspiran á subir y mandar; nadie está contento con el estado en que le hizo nacer la Providencia. ¿Qué cambio es éste, amados míos? ¡Ah! La indiferencia lo ha mudado. Yo no me atreveré á decir que la sociedad camina á su disolución, que las puertas del cielo van á abrirse para que salga el estandarte de la Cruz y venga en pos de él el Juez de los hombres; pero sí puedo asegurar que el fin de la humanidad se acerca; que se han dejado ya columbrar los días de la apostasía universal; que ha des-

aparecido del mundo, con cortas excepciones, la ley del amor divino que une á los hombres entre sí como á hermanos; porque yo no veo sino dos grandes agentes entre los hombres, el oro y los placeres; todas las ideas sublimes se han materializado en esto que la filosofía llamó positivo, condenando todo lo demás al reino de las quimeras. ¿Y qué puede salir de esto sino lo que vemos y palpamos? El pauperismo en las tres partes de nuestros hermanos; pauperismo que no se lleva con resignacion, porque los miserables no son verdaderamente cristianos, y el lujo desenfrenado en la otra parte; lujo para cuyas exigencias no son suficientes todos los tesoros de la tierra, pues el genio destructor de las modas es un abismo sin fondo.

Preguntémonos, pues, á nosotros mismos: ¿A dónde iremos? ¿En qué pararemos con nuestra indiferencia? Si continuamos viendo esa desmoralizacion pública, esos bailes infames que hombres infernales ejecutan en nuestros teatros, representándonos á Vénus, á Calipso y otras divinidades de los paganos, presentándose á los ojos de la multitud en actitudes vergonzosas, en apariencias de desnudez completa, en... ¡oh Dios mio! yo no me atrevo á decirlo, porque temo que se desplome este augusto recinto; si siguen los padres de familia mirando con indiferencia las prácticas religiosas en sus hijos y familia y en sí mismos; si continúan arraigándose en los corazones de la juventud esos principios que aprenden en los libros infandos de la filosofía y ven confirmados diariamente con la práctica; si no desaparecen esas musas horribles que tienen hoy arruinada la humanidad, yo no sé en qué vendremos á parar; pero oidme: los grandes geógrafos piensan, con alguna probabilidad, que en tiempos antiguos el golfo de las Antillas era un hermoso continente, rodeado de un círculo de montañas, el cual por algun gran terremoto fué sumergido en el mar, formán-

dose estas islas de las cúspides y planicies de los montes. Temblemos; el que sumerge las llanuras tambien puede hacer rodar á los volcanes.

¡Oh hijos de la reina de las islas! A tiempo estamos de quitar á Dios la espada que ha desenvainado; vosotros, cuyos corazones no rebosan sino bondades: vosotros, que caritativos dais la mano á todo extranjero que escala vuestro muro despues de haber surcado las olas del Océano: vosotros, cuyo timbre de accion es la honradez, la gratitud, la generosidad, ¡qué! ¿sólo dejareis de ser generosos para con Dios? ¿Sólo sereis ingratos para con vuestro más tierno amante? ¿Habeis de procurar la felicidad de todos, y no habeis de mirar por la vuestra propia, por la de vuestros hijos y esposas? ¡Ah, no! Seamos consecuentes; si amamos á los demás, los debemos amar como á nosotros mismos; si queremos hacer felices á otros, hagámonos ántes dichosos á nosotros mismos con la observancia de la Religion de Jesucristo, porque Él sólo es «el camino, la verdad y la vida.» *Ego sum via*, etc.

¡Oh amable Jesus! Dad á mis palabras una sancion práctica, pero sea sancion de amor y misericordia, no de rigor y justicia; confirmad cuanto he anunciado, enviando á los corazones de cuantos me oyen fuertes destellos de luz celestial, de esa luz que inflama las almas y las saca de las tinieblas del pecado y las lleva al cielo. A pesar de nuestros extravíos, aún brilla en nuestras almas la antorcha de la fé; no pertenecemos al número de esos desgraciados que abiertamente militan en el error y la mentira; nuestros yerros más provienen de un corazon débil que de un entendimiento pervertido. Perdona, pues, perdónanos ¡oh Dios de misericordia! Somos tus hijos; recíbenos en tu seno paternal y escucha, los gemidos de dolor con que decimos: *Señor mio Jesucristo*, etc.